

EL día en que murió Pompof —¿cómo debo escribirlo, con una efe o con dos—, un día de la semana pasada, su nombre campeaba sobre la cartelera de un sala de fiestas de Las Vegas, a muchos millares de kilómetros de Vallecas. Pero aquella noche no faltó a su trabajo. Los hijos de José María Aragón y el de su hermano Teodoro, Teddy en lo profesional —¿con una hache en la primera sílaba?— conservan sus nombres de batalla, y prolongan la popularidad familiar, elevando si no su calidad, sí su rango, tras ingresar en la dimensión del cosmopolitismo. De la vallecana calle de Teresa Lloret al escenario del «show» de Sullivan, media, en verdad, un salto de circo, por buscar una imagen próxima. Un salto en el cual no ha podido haber ni trampa ni cartón, un salto sin red. El talento y la gracia lo garantizaron. Y del «Pompofoff y Theddy» del Price madrileño, al «Pompof, Teddy and Family» del, pongamos por caso, Moulin Rouge de París, no hay, descontado el salto, otra distancia que la ortografía. El talento y la gracia son los mismos que hicieron de la nada el primer nombre.

Esta historia arranca muy lejos en el tiempo. Siglo XIX —el año se ha perdido—, polvorientas carreteras europeas —el lenguaje romántico es adecuado—, circos ambulantes familiares en todos los pasos de frontera, de Génova a Budapest, de Estocolmo a París —las ciudades que José María Aragón evocaba siempre en su charla—, un apellido francés —Foureaux— en el punto de partida, y un recuerdo, no se sabe si con fundamento concreto o sencillo resultado de la fantasía, de cierta peripécia con protagonista de sangre real oscurecida por los años o por una paulatina idealización, y, por fin, un siglo nuevo, y José María y Teodoro Aragón en el Price, o en cualquier circo francés o italiano. En el entierro de José María, una de los hermanos Tonnetti dijo: «De él aprendimos todo lo que sabemos. Por eso le lloramos». Todo está dicho en sus palabras.

El nombre permanece, repetimos, pero las fronteras han sido ensanchadas: Estocolmo, Nueva York, Las Vegas, Tokio cualquier



día (frecuente tentación para «Pompof, Teddy and Family»). Cuando hace cinco años hablamos con ellos en París, en nombre de TRIUNFO, las ofertas venían de Teherán y El Cairo. Actuaban entonces en el Moulin Rouge ante una riada turística de la Europa económicamente floreciente, y hacían diaria tertulia en el Cyrano, en la misma Place Blanche, para barajar sus posibilidades profesionales. Dé un continente a otro, sólo un nombre centraba sus desplazamientos: Vallecas. Desde el barrio más popular y populoso de Madrid, José María y Teodoro Aragón seguían la aventura artística de la familia.

¿Sólo hay, entre padres e hijos, la distancia de un leve cambio ortográfico? Hay algo más que no daña la esencia del estilo de los primeros hermanos Aragón, aunque modifique su forma: ahora se apoyan más en elementos plásticos que verbales. Han transformado la imagen del payaso clásico, eliminando el fuerte maquillaje, los juegos de palabras, la buscada torpeza. Tocan el piano y el violín como virtuosos. Ya no se dirigen a un millar de espectadores, sino,

POMPOFF

un payaso
a
la española



El nombre artístico permanece. Las

a veces, a más de ochenta millones (la audiencia del «show» de Sullivan). Pese a todo, su humor es netamente español.

Desde el exilio de su edad, José María y Teodoro han seguido con atención vigilante los pasos del apellido Aragón. José María conocía todos los secretos de la profesión y de la vida cotidiana del payaso. Desdeñaba los tópicos —como los desdeñan sus herederos—, la generalizada idea del hombre que, aun sufriendo, tiene que hacer reír, la contradicción central del payaso de la literatura, la confusión entre arte y drama personal, la voz enlutada del mal intérprete de sus vidas y de su actividad profesional. Nada del payaso hundido en su tristeza: era un hombre ágil y vivaz, un trabajador sin desmayos como lo son los que asumen su legado. Era un hombre bueno, y tal fue el sentido de su enseñanza. En 1965, y ante la mesa del Cyrano, José Aragón nos decía: «La comicidad empieza por la bondad. Hay que ser bondadoso para llegar a buen cómico».

Para la exigente crítica de otros meridianos, el de los hijos Aragón era «el mejor número

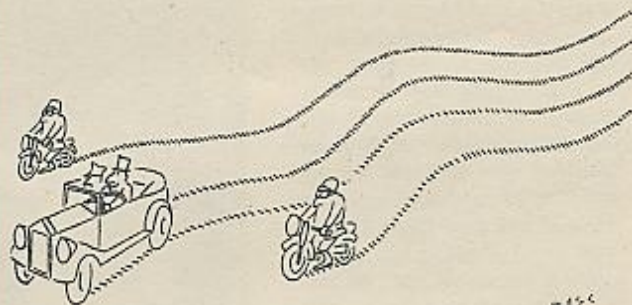
cómico del mundo». Su existencia cotidiana no se correspondía con este elevado juicio. Nada ni nadie podía robarles, en efecto, su modestia de madrileños populares, que añoraban a sus amigos del Puente de Vallecas y recordaban constantemente a sus padres: era su aspiración, y entonces la transmitimos, que a alguien decidiera bautizar con el nombre de los viejos payasos la más humilde calle de aquel barrio. Hoy exhumamos su deseo.

No pretendemos para estas líneas un tono elegíaco, ni convencionalmente necrológico. Sólo valorar, en la hora de la desaparición de «Pompof» una aportación artística rigurosamente española que se viene desarrollando, como tantas otras, lejos de esta tierra. La reconsideración está desnuda de quejumbrosos «chauvinismos» y de patriotismos retóricos; responde a la voluntad de que recuperemos la conciencia de nuestras potencialidades y de nuestras realidades. No hace falta añadir que las exportaciones de este orden también nos empobrecen. ■ **EDUARDO G. RICO**



fronteras han sido ensanchadas. Siguen «Pompof, Teddy and Family»...

BOSC



BOSC
Agneta Sankovics



BOSC